

LOS HISPANISTAS NORTEAMERICANOS

Por José MARTÍN RECUERDA

Nunca podré olvidar nunca la primera vez que estuve en Estados Unidos. Fue una hispanista norteamericana la que me escribió diciendo que si quería ir de profesor visitante a la Universidad de Washington. Mi asombro fue grande. La razón era, como después supe, porque algunas de mis obras habían llegado a manos de aquella hispanista. Por aquel tiempo, me veía en España mal. Eran los años sesenta. Mis obras dramáticas estaban siempre rechazadas o mutiladas por la censura. Los empresarios teatrales me trataban con indiferencia donde, bajo ella, se veía cierto temor. Mi delito, como el de ahora, era querer reflejar en mis obras la España que vi y que veo. Más aún: el no someterme al sistema del halaga político-burgués, que es, lo que para mí, vengo llamando «amiguismo». Bien sabemos todos que los grupos «amiguistas» se favorecen y triunfan, casi siempre, en apariencia. Por otra parte no se convocaban oposiciones a cátedras de Instituto y yo me tenía que refugiar, para vivir, dando clases en colegios o de profesor interino en cualquier Instituto Nacional de Segunda Enseñanza. Así es que mi alegría fue grande al recibir aquella carta de la profesora norteamericana.

Cuando llegué a Estados Unidos me estaba esperando, con su marido, en el aeropuerto. Me dijo que llevaría, para que yo la reconociera, un impermeable rojo. En efecto: allí estaba con su marido y con el impermeable rojo. Me dio cobijo en su casa. Mi asombro seguía siendo grande: su biblioteca estaba llena de libros españoles. Me invitó a una ceremonia protestante dentro del recinto de una iglesia. Allí, todo el mundo leía y cantaba, cuando le llegaba el turno, unos libros donde estaban incluidos los sonetos de Garcilaso, para mayor asombro mío.

Durante mis años en Estados Unidos conocí a muchos hispanistas y a sus correspondientes y magníficos trabajos, tratando de investigar nuestra vida y nuestra historia, vistas a través de los libros españoles, ya históricos como literarios, tratando siempre de un enorme deseo de salvarnos. Eso es. Sí: salvarnos. ¿Por qué negar que los españoles poco hemos representado no ya en Estados Unidos, sino en casi todo el mundo? Pero estos hispanistas, a pesar de nuestra aparente timidez, veían en nuestra cultura algo digno de admiración. Veían, sobre todo, claro está, nuestra alma en rebelión, casi pidiendo amparo para seguir luchando. ¿Habrá sido así en todo el mundo? Puede ser. Lo cierto es que yo le tomé un gran cariño a todo el his-

panista que iba conociendo y... voy a confesar un secreto: los estudiantes norteamericanos, que iban para hispanistas, me enseñaron Literatura Española. Las preguntas que me hacían en clase sobre el texto a estudiar, las reflexiones que hacíamos después jamás las leí en ningún texto crítico de los mejores que yo había estudiado. Nuestro cariño fue creciendo y cuando dije de regresar a España no querían ni estudiantes ni profesores. Yo, muchas veces pensaba: ¿será esto amor o será compasión por el pobre español? No era así: yo les había abierto mi alma y ellos me habían abierto la suya. La penetración era auténtica. Leíamos muchas obras, me preguntaban. Aprendíamos y nos penetrábamos más y más. Qué hermosura de conocimientos y de amistad.

Podría citar nombres de reconocida solvencia que tanto hicieron y siguen haciendo por nuestra cultura. Pero, para ellos, esta pequeña vanidad de citación apenas les halagaría. Si citara sus nombres casi me lo tomarían a mal. Lo que sé decir es que, poco a poco, he ido aprendiendo que su gran satisfacción está en seguir amando e investigando lo poco o lo mucho que los españoles hemos ido dejando en nuestros libros. ¿Poco o mucho? Ni lo sé. Si el que escribe con amor deja en su escritura toda su verdad, quizá esté dando aquel carácter universalista de lo humano que primero nos dijo Platón en sus diálogos y luego San Agustín en aquella frase inolvidable: «En el interior del alma habita la verdad.» ¿Estará la verdad de la vida que vivimos en el interior de nuestra alma y llegaremos a tener la necesidad de dejarla escrita, sin traicionarnos, como uno de los más grandes desahogos de nuestra existencia? ¡Qué dudas tan atormentadoras! Lo cierto es que los hispanistas norteamericanos prestan una atención a nuestras obras muy por encima de la que se les presta en nuestro país, hasta tal punto que les debemos a ellos nuestro no desfallecimiento en ciertas circunstancias difíciles. Qué fe me dan todos aquellos amigos norteamericanos que fui conociendo y otros más que conocí después, y cómo me quita la fe la indiferencia interesada que podemos percibir en el mundo cultural español. ¿Qué ocurre en estas batallas que sostenemos para escribir con todo nuestro cariño? ¿Qué ocurre en nuestro país y qué ocurre en el país de aquella que me envió su carta y que me hizo profesor en la Universidad de Washington? Difícil explicación. ¿Será que los españoles no tenemos el sentido humanitario que tienen los norteamericanos que nos estudian y se sienten en sus clases orgullosos mientras explican nuestra vida, nuestras ideas, nuestra sociedad, nuestras costumbres, nuestro mundo? ¿Será que a pesar de nuestra rica tradición cultural —o quizá por ella— despreciamos cada día más en vez de unirnos con más ahínco y fe, mientras ellos con menos

tradición buscan y buscan para dar todo lo que tienen a los demás? En esta balanza no sé qué decidir. No sé pesar. Lo cierto es

que ellos empiezan mientras nosotros, parecer, que hace mucho tiempo terminamos. ¿Estará en este saber de terminación la compasión de amor que ellos sienten por nosotros? Pienso ahora que si creemos que estamos en alza o en mejores momentos que en

otros tiempos, nos equivocamos. Sí: nos equivocamos digan lo que digan los «amiguistas» y los «políticos habladores». Los que no crean en lo que digo que hablen con el pueblo. No con el pueblo halagado y pagado en hora de verbena, sino con el pueblo que vive y sufre las veinticuatro horas del día. ¿Estará todo lo que digo, toda la profunda desesperanza de lo que hablo, dentro de nuestros libros? Sea como sea, acierte o no, sigo sin poder olvidar a ininidad de estudiantes hispanistas y profesores que participaron en un simposio sobre la dramaturgia actual española, hace unos años, en Pennsylvania, con moti-

vo del cual se representó, en versión inglesa, una obra mía. En este simposio pude apreciar el entusiasmo por el teatro actual español. Un teatro que quizá refleje toda la desesperanza y realidad de la vida española; una realidad cambiante que se negó en el pasado y se sigue negando en el presente. Todo lo que allí ocurrió era de verdad. Al terminar la representación de mi obra, alguien se acercó y me dijo: «Lo que acabamos de ver en esta obra está ocurriendo en nuestras propias vidas.» ¿Cómo poder olvidar a los estudiantes y profesores hispanistas? Todo el amor de este español va en estas líneas, si llegan a vosotros, pensar que no os olvido y que por el bien no ya mío, ni de mis compañeros, sino por el bien de la cultura española no os olvidaré nunca. ¿Dónde estará la hispanista del impermeable rojo que me esperó en el aeropuerto con su marido? ¿Dónde estarán tantos que nos siguen haciendo ininidad de bien? Seguir, seguir con vuestras ideas, estéis donde estéis; seguir con vuestras investigaciones que no sé cómo agradecer. Yo, desde aquí, desde este rinconcillo de España, llamado Salobreña, pueblecillo precioso de mi Andalucía, no os olvidaré nunca. Me quedo esperando siempre, ansiando siempre, vuestras cartas con vuestros consejos.



J. Martín Recuerda
Escritor

¿QUIERE PONER UN NEGOCIO?

Busque local en la sección de Anuncios por palabras de ABC



¿TIENE ALGO QUE VENDER?

Utilice la Sección de Anuncios por Palabras de ABC

